

SERMON

DE

SAN PEDRO APOSTOL

Tu es Petrus, et super hanc petram
aedificabo Ecclesiam meam.

"Tú eres Pedro, y sobre esta piedra
edificaré mi Iglesia."

S. MATHEO, CAP. XVI, v. 18.

La Iglesia Católica sentada majestuosamente á la diestra de su celestial Esposo, demuestra en todo el esplendor de su ornato y belleza de su rostro, que ha recibido el colmo de su poder de la Sede de San Pedro. No lo dudeis, señores, desde que este afortunado Apóstol confesó al Hijo de Dios, en virtud de una revelacion tan importante, y de una manera digna de sus elogios, recibió por recompensa no menos la declaracion de toda la economía de la Iglesia, que la de la parte honrosa y singular que en ella le pertenece. "Tú eres Pedro," le dijo Jesucristo: hé aquí el motivo que no sabias, luego que fijando en tí mis ojos, te impuse el nombre de Cefas. Yo te comunico lo que soy: tú eres el peñasco, la roca, la piedra fundamental de mi Iglesia: tú eres el Doctor de mis discípulos, el Padre de la gran familia de los fieles, el Pastor de mis ovejas. Sobre tí voy á construir esta

obra sublime y prodigiosa, tú has de mantener el peso de este grande edificio: *Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam.*

Pero esta infalible promesa solo llegó á tener su puntual cumplimiento, despues que subió el Esposo al monte de la mirra á beber el cáliz de su pasion y á ofrecer el incienso de su oracion. Sobre la colina del Calvario convidó á su Esposa á que le fuese á buscar, con tal de que pasase al atractivo de su amor por el Líbano, ó el monte del incienso. Mas porque su pueblo se mostró ingrato, cruel, duro, pérfido, abandonando á Jerusalem y á la nacion judía, se pasó á los extraños ó gentiles, semejantes á los leones y leopardos en la ferocidad de las costumbres. Trasladó en medio de ellos la silla del primero de sus Apóstoles, centro de la unidad para todos los verdaderos fieles, mientras que la serie de casi ochenta y tres Pontífices, continuada desde Aaron hermano de Moisés, habia de concluir en el gran sacerdote Fannias, en tiempo del último ascedio por Tito. Se cambió, pues, la Sinagoga por la Iglesia Cristiana, y el sacerdocio antiguo por el nuevo: el pequeño número de los judíos convertidos fué obligado á separarse de los judíos incrédulos: el ardor y estrépito de las persecuciones de los unos, aun no pudo sofocar el dulce canto del Amado, que arrebatava á los otros. "Sál, le oian entonar, y sigue las huellas de los ganados:" las huellas, dijo, de diferentes pueblos reunidos bajo la conducta de un solo Pastor.

¿Y acaso porque el principado de este gloriosísimo Apóstol pasó á sus sucesores los romanos Pontífices, deja de comunicar su influencia á la grey ó santa so-

ciudad de los fieles! "Pedro vive, segun afirma el gran Bossuet citando á los Santos Padres y al Concilio de Calcedonia, Pedro vive en la persona del heredero de su silla." Con razon le compara San Cipriano al "sol, de donde salen todos los rayos, á la fuente de donde nacen todos los arroyos, al árbol de donde brotan todas las ramas." "El es, advierte San Agustin, como el origen de que nace toda potestad de gobierno en la Iglesia." En efecto, ¿queremos buscar el fundamento de nuestra fe? Pues subamos hasta los Apóstoles, hasta San Pedro, hasta Jesucristo, hasta Dios. Luego debe concluirse, que la unidad de la Iglesia es el mejor panegírico de su primer Pastor. Plugue al cielo que yo pueda analizar esta misma idea. Para conseguirlo cual conviene, pidamos ferrosamente á Dios un auxilio de su gracia, alabando á la Virgen Santísima nuestra Madre, con las palabras del Angel. Ave María.

"Tu eres Pedro, y sobre esta piedra edificare mi Iglesia."
S. MATTEO, Cap. y vers citados.

Conforme á lo que ha dispuesto la sábia providencia de Dios, la admirable unidad de la Iglesia consiste en una misma fe, en unos mismos Sacramentos, y en una misma sucesion de Pastores. Por eso el Apóstol San Pablo compara el cuerpo místico de los fieles, en cuanto á la mutua relacion que tienen entre sí, con el cuerpo humano en que, cada miembro recibe su crecimiento propio é influencia de la cabeza, para no hacer sino un mismo todo perfectamente hermoso y perfectamente regular. Jesucristo es, segun habia

dicho poco antes el mismo Apóstol, la cabeza de este cuerpo espiritual. Sí, pero como dejó de ser visible á su Iglesia despues de su gloriosa Ascension á los cielos, debia alguno representar visiblemente entre nosotros su persona y hacer sus veces en el gobierno. La unidad se forma y se sostiene por la unidad del principio: el carácter esencial de la unidad de la Iglesia requiere tambien el carácter esencial de la visibilidad para que se distinga y persevere. Por otra parte, la Iglesia romana, si hemos de creer á la tradicion y á los monumentos de toda la venerable antigüedad, aunque no fué la primera en el tiempo, ha recibido, y ella conserva únicamente el movimiento y la vida con el calor de la caridad. Sentados estos principios, infero dos breves proposiciones: Primera: San Pedro fué constituido por Jesucristo cabeza de la Iglesia: *Tu es Petrus*: Segunda: Sola la Iglesia romana es el cuerpo místico de Jesucristo: *Et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam*.

PRIMERA PARTE.

Toda la vida de este Santo Apóstol, así como se describe en el Evangelio, no es mas que una prueba continua é irrefragable de su primado en la Iglesia: primado digo unas veces prometido, otras veces conferido en realidad y otras veces ejercitado con suceso: primado no de nombre ó de puro honor, sino de sacerdocio y jurisdiccion en toda su plenitud y soberanía: primado, en fin, á cuyo establecimiento con-

tribuyeron así sus faltas como los favores ó privilegios que Jesucristo le concedió. Voy á explicarme.

Pedro caminaba felizmente sobre las aguas hácia Jesus, mientras que no se debilitó su confianza. Pero luego que al fervor se siguió el temor, comenzó el mar á faltar á sus piés y ya estaba para sumergirse. A sus gritos lo salvó el Señor, y le dijo: “¡Oh hombre de poca fe! ¡por qué has dudado!” Yo veo aquí por una parte, que á Pedro le faltó el ánimo, y que casi cedió á la tentacion: por otra parte, me sorprende cómo nuestro Salvador se valió del mismo medio para fortificar de antemano en la fé, al que habia de ser su primer Vicario en la tierra. Apenas oyó una vez á Jesucristo, predecir abiertamente á sus discípulos sus padecimientos y su muerte, cuando tomándolo aparte, en la fuerza de su dolor, comenzó á increparle, diciendo: “Lejos esto de tí, Señor, no te sucederá esto.” Un amor semejante, un celo tan indiscreto, debia ser castigado con estrema severidad. “Vete lejos de mí, Satanás, le contestó Jesus, tú me sirves de escándalo.” Con esta amenaza lo levantó mucho mas allá del gusto de la carne y de la sangre, esto es, hasta el gusto de las cosas de Dios: tanto fué necesario hacer entrar al rústico pescador en el conocimiento de la Cruz, cuanto lo fué al Caudillo de los cristianos. ¡Qué dirémos ahora de aquella breve contienda que tuvo con su Maestro, al tiempo que se acercó á lavarle los piés en el Cenáculo! ¡Quién creeria que aquella profunda humildad con que se consideraba indigno de tanto honor, habia de dar muy pronto en dos excesos! ¡Ah! Ciertamente el uno fué porque se resistió, y en tales términos, que su virtud

degeneró en orgullo y presunción: "No me lavarás los piés jamas," se atrevió á presentarle por respuesta á su generoso amor: el otro fué, porque no sólo queria despues de reprendido, dejarse lavar los piés, sino tambien las manos y la cabeza. Mas el Divino Salvador, con su acostumbrada sabiduría y dulzura, apartó de él ambos defectos: sus palabras son nada menos que una insigne leccion con que enseña á la Cabeza de la Iglesia á reposar tranquilamente en un medio.

Viendo que un criado del sumo sacerdote llamado Malco, se adelantó á poner las manos en Jesucristo, desenvainó una de las dos espadas que tenia y habian sido prevenidas por él y por sus compañeros, y le cortó con un fuerte golpe la oreja derecha, sin haber esperado la respuesta del Divino Nazareno ofendido. San Bernardo asegura, que estas dos espadas son símbolos de las dos potestades, y que ambas pertenecen á San Pedro: de la espada espiritual podia usar segun su voluntad y siempre que fuera necesario: de la que menos se pensaba, que fué la temporal, se le dijo: "Vuelve tu espada á su lugar." Luego era suya, concluye; bien es que no se habia de manejar por él. En recta ilacion de esta doctrina, deberá afirmar que el Pastor y juntamente su rebaño, tienen derecho á que la autoridad civil los proteja. Poniendo los ojos en otro objeto, ¡cuán sensible es lo que hizo en la casa misma de Caifás, pontífice de la ley antigua, el que estaba destinado para primer Pontífice de la Ley nueva! ¡Oh fatal desgracia! negó tres veces al Hombre Dios presentado como reo, y hasta con juramento. No hay duda que la columna mas

fuerte del Apostolado dió en tierra en esta ocasion, dejándose oir el estrépito de su caida en toda la Iglesia. No obstante, una tierna mirada de Jesus bastó para despedazarlo de dolor y hacerle llorar amargamente en toda su vida. Se cuenta de él, que cada vez que oia cantar al gallo, derramaba torrentes de lágrimas. Esta falta, pues, instruye á sus sucesores, á no ejercer un poder tan grande sino con humildad y condescendencia.

Ya habia tomado en las manos las riendas del gobierno, cuando San Pablo le dijo cara á cara, que no caminaba rectamente segun el Evangelio. Era así en realidad, puesto que autorizaba y permitia en la comida á los cristianos circuncidados de Antioquia, algunas ceremonias de la ley. Con todo eso, esta falta no fué en la fe sino en la conducta: separándose luego de la mesa, dió un ejemplo de humildad á toda la Iglesia; ejemplo tal, "que hace admirar á Pedro que se corrige, segun la expresion de Bossuet, mas grande si es posible, que Pablo que lo reprende." Convengamos, pues, en que la mano divina pulió á la primera piedra del edificio santo, así de esta quiebra como de todas sus imperfecciones, y pasemos á declarar sus excelencias.

Bien sabeis, señores, que el primer milagro que obró nuestro Salvador á ruego de sus discípulos, fué la curacion de la suegra de San Pedro. En esta curacion misteriosa se da á conocer cuán grande sea el poder de la oracion de los Pastores unidos á su Cabeza. ¡Feliz mujer! ¡Dichosa casa de Simón, desde entonces figura de la Iglesia! ¡Dichosa siempre, como que fuera de ella no hay milagros, no hay con-

versiones! Pero si esta semejanza aun no se halla formalmente declarada, aquí tenemos otra. Viendo el Señor dos barcas ancoradas á la orilla del lago de Genesareth, entró en una de ellas, que era la de Simon. Desde allí, como desde la cátedra de la verdad, instruía á la multitud del pueblo. Asimismo, guiando despues San Pedro la nave mas adentro de las aguas, encerró tan grande cantidad de peces, que casi se rompía su red. ¡Qué abundancia de luz procede, pues, de este solo insigne pasaje, para bañar nuestros entendimientos! ¡Se hallará imagen mas viva que ésta para todos aquellos que en cierto modo navegan en el mar de la vida presente sobre la tierra! ¡Ah! “De ahora en adelante, le dijo Jesus, pescarás de los hombres;” y con tales palabras fijó el verdadero sentido del hecho. Si, la barca de San Pedro ha atravesado todos los mares, sus redes prodigiosas se han extendido de una extremidad del mundo á la otra, é infinitos hombres han entrado en ella. No menos se debe tener presente, que San Andrés era hermano primogénito de San Pedro, que habia conocido á Jesucristo antes que él, y que él mismo lo habia conducido á su presencia. Con todo, tres Evangelistas al tiempo de hacer la enumeracion de los Apóstoles, dan á este hermano menor el sobrenombre de primero. Luego está puesto fuera de toda duda, que su primado es de institucion de Jesucristo. Por eso se advierte despues del discurso del Señor, sobre la Sagrada Eucaristía, en el acto mismo del magnífico espectáculo del Tabor, y en otras muchas veces que San Pedro habla por todos sus compañeros, que es reconocido y se cita siempre como el principal, aun de los discípulos privilegiados.

Tambien es cierto, que el tributo se pagaba entre los judíos por familias y no por personas. Al punto en que lo cobraron por todo el Apostolado, hizo Jesucristo un milagro, y dijo á Pedro: “Allí encontrarás un estater, tómalo y dáselos por mí y por tí.” Un estater ó sicle valia cuatro draemas, y no pedian mas que dos. De consiguiente, este suceso informó claramente á San Pedro, que apacentaria el rebaño, así que hubiese dejado la tierra el primer Pastor. Habiendo tomado este Príncipe la palabra despues de haber explicado el Divino Maestro á sus discípulos la doctrina sobre el desprendimiento de las riquezas, le dijo: “Hé aquí que nosotros hemos abandonado todas las cosas, y te hemos seguido, ¡qué será, pues, de nosotros?” El Señor le respondió, “que cuando en la regeneracion el Hijo del Hombre se sentaria sobre el Trono de su Majestad, se sentarian tambien ellos sobre doce sillas, y juzgarian las doce tribus de Israel.” Esta promesa tuvo su efecto despues de la venida del Espíritu Santo, y cuando los hombres se apresuraron á recibir el Bautismo: desde entonces los Apóstoles fueron los Prelados, los Doctores y los Jueces de aquella recien formada sociedad unida con su Cabeza visible.

Pudiera yo alegar, que el mismo Señor Jesus rogó por él para que no faltase en la fe, y que una vez convertido confirmaria á sus hermanos. No haré mencion de que si se concedió á todos los Apóstoles la facultad de atar y desatar, solamente á San Pedro se entregaron las llaves como simbolo de la suprema potestad. No hablaré de aquella grande autoridad, que con citarla no mas los discípulos á favor de la

resurreccion, se persuadian de haberlo dicho todo: *Et apparuit Simoni*. Lo que llama con asombro mi atencion es, que aunque San Pedro en la mañana del día de la resurreccion llegó despues de San Juan al Santo Sepulcro, este Apóstol por respeto lo esperó y no quiso entrar antes de él. De la misma manera percibo en el sagrado texto, que sin embargo de que el mismo Apóstol en la segunda pesca milagrosa conoció primero á su glorioso Maestro desde la barca, San Pedro se arrojó al mar, y primero se le acercó. Todo esto prueba que aquel eminente empleo no se confirió al amor inocente de San Juan, sino al amor penitente de San Pedro.

Juzgad ahora, que al sacerdocio á que fué elevado en la noche de la Cena, se juntó todo el poder, pero de un modo muy singular, cuando á las orillas del mar de Tiberiades dos veces le encomendó el Gefe de los Pastores sus corderos, y una vez sus ovejas: no solo sus corderos sino tambien sus ovejas ó las madres de los corderos; no solo los simples fieles, sino tambien los Pastores mismos. Y todavía conviene mirar como un nuevo privilegio de la soberana dignidad que le acababa de conceder, así el anuncio de su muerte de Cruz como el llamamiento que le hizo á solas: *Sequere me*. Con efecto, si fué incomprendible el honor de saber que se habia de asemejar en su muerte al Crucificado, no lo fué menos en ser su único confidente de muchas cosas que tenia que comunicar para el bien general de toda la Iglesia. Ultimamente, ¡aun antes de la venida del Espíritu Santo, con qué franqueza, con qué autoridad, con qué elocuencia propuso en medio de todos sus hermanos

la eleccion de un nuevo Apóstol? ¡Ah! El solo habla y todos lo escuchan en silencio. Ved, pues, desde dónde comenzó el honorífico ejercicio de su ministerio. Mas este testimonio que es el primero de los Hechos de los Apóstoles, igualmente es el principio de la fundacion de la Iglesia.

SEGUNDA PARTE

Con una sola expresion enfática de que se ha servido San Ambrosio, quiero desentrañar los motivos por qué la Iglesia Romana es el centro de la unidad católica. "En donde está Pedro, dice, allí está la Iglesia." Viene á dar á conocer lo mismo que esto: El grandioso edificio de la fe sobre él echó sus fundamentos, sus progresos son debidos á sus cátedras, su firmeza á la silla, por cuya defensa derramó su sangre. Discurrámos poniendo en claro cada uno de estos miembros.

La palabra de salud se debia predicar primero á los hebreos que á los gentiles, como lo afirmaron San Pablo y San Bernabé á ellos mismos: *Vobis oportebat primum loqui verbum Dei*. Por eso San Pedro antes que todos, y á la cabeza de sus once compañeros, les dirigió un discurso en el propio día de la venida del Espíritu Santo, con el que se convirtieron cerca de tres mil personas. Despues de haber sanado en el nombre de Jesucristo á un ciego que pedia limosna en la puerta especiosa del Templo, les predicó tambien otro sermón y agregó á la nueva grey otras cinco mil personas. Con este número de fieles

nació la Iglesia de Jerusalem, justamente reconocida por la primera del mundo. Santiago el menor, llamado el Justo, fué hecho obispo de ella por Jesucristo, en cuanto al mandato dado, pero por Pedro, Santiago y Juan, en cuanto á la ejecucion, como escribe San Clemente Alejandrino. A estos sucesos que se hallan registrados en el Libro de las Actas de los Apóstoles, se siguieron otros mayores. Los judíos, por odio á la sagrada doctrina, pusieron á Pedro en prision y lo presentaron para ser juzgado ante el consejo. ¡Qué importa! En medio de la misma asamblea defendió la fe de Jesucristo con el mayor empeño, con la mayor firmeza. Y como si á él solo hubiera sido conferido el poder de los milagros, ¡cuántos fueron los que obró en confirmacion de la verdad! Aquí veriais á Ananías y á Safira muertos en castigo de su mentira. Allí admiraríais, que si la orla del vestido del Salvador expelia las enfermedades, la sombra de Pedro bastaba para curarlas. Aquí os inundaríais de gozo, porque el Angel del Señor le saca por la noche de la oscuridad de una cárcel pública. Allí atenderíais á un inmenso pueblo, que lo oye predicar muy de mañana y lo ve prender otra vez, hasta ser azotado por amor á Jesus. ¡Qué satisfacciones! ¡Qué trabajos!

Por lo demas, entre tanto que los discípulos se aumentaban, su solicitud pastoral no se cansaba. Si era conveniente elegir y constituir á los siete primeros Diáconos, á fin de que se encargasen del ministerio de las viudas, él los ordenó, como dice San Agustin. Si era necesario confirmar en Samaria á los nuevamente convertidos á la fe por el Diácono San Felipe

y darles el Espíritu Santo, al punto se pone en camino llevando consigo á San Juan. Si fué justo condenar allí mismo la primera herejía de Simon Mago, este triunfo estaba reservado á la Cabeza de la Iglesia. El cielo bendecia sus acciones, y supuesto que la virtud de los prodigios le acompañaba hácia todas partes, en Lydda levanta á Eneas que llevaba ocho años de paralítico; en Joppe resucita á Tabita y la entrega á las viudas y santos que la lloraban.

Llegado el tiempo prescrito en los designios de Dios, la indocilidad de los hebreos fué la salud de los gentiles, segun expresa San Pablo. Para esto tuvo San Pedro una vision en Joppe de un lienzo lleno de toda clase de reptiles, y el Espíritu Santo le envió luego á Cesarea á instruir y bautizar al Centurion Cornelio y otros muchos. La primera Iglesia, pues, que hallamos compuesta de judíos y de gentiles bautizados, es la de Antioquía, cuya silla tomó San Pedro hácia el año treinta y tres de la era vulgar. Ella fué por el espacio de siete años la Cabeza de todas las demas iglesias y el centro de la unidad; mas cuando el Vicario de Cristo trasladó su cátedra á otra parte, cesaron todas sus prerogativas. Así fué; pero ¡quién no ve en todo este periodo á un héroe capaz de extender sus conquistas por todo el mundo! ¡Ah! Ya que se denominaban cristianos los discípulos, y por el año cuarenta y cuatro, aconteció su última prision en Jerusalem por Herodes Agripa. El balido de las ovejas y corderos incesantemente se dirigía á Dios por él: un Angel se le aparece por la noche en la estancia, y toda se ilumina: las cadenas caen de sus manos y se prepara á salir: las puertas de la cárcel se abren so-

las, pasa con su gafa por todas ellas, y ésta lo deja en la primera calle de la ciudad, ¡qué prodigio! Despues de esto se suscitó en Antioquia la célebre disputa acerca de las observancias legales, que persistió, hasta que el Colegio Apostólico se reunió en Jerusalem. Pedro presidiendo el Concilio, habla desde luego, decide, y se establece un dogma de fe.

La Iglesia de Alejandría, aunque se fundó despues que la de Roma, ha sido mirada por San Gregorio y toda la antigüedad, como cátedra de San Pedro. No cabe duda, supuesto que su discípulo San Márcos fué enviado en su nombre á erigir aquella silla, y á abrir de este modo las puertas del Evangelio á los habitantes de las vastas regiones del Egipto.

Pero Roma, la antigua Roma, el centro de los errores y de las supersticiones mas vergonzosas, ha venido á ser el centro de la verdad y de la Religion Divina. Nada hay mas cierto, mas claro, mas autorizado en la Historia Eclesiástica, que el viaje de San Pedro á esta ciudad, para establecer su silla. Está asentado por Papias, San Clemente Alejandrino, San Dionisio obispo de Corinto y todos los Padres de los siglos mas remotos de la Iglesia; testificado por veinte monumentos muy antiguos, que subsisten todavía en aquella capital del mundo, y reconocido por los mismos enemigos de la Iglesia. Allí escribió sus dos Epístolas, dignas ciertamente de las luces y fuego del Príncipe de los Apóstoles; allí combatió al heresiarca Simon Mago, derribó el monstruo; allí padeció de órden de Neron en una Cárcel por el espacio de nueve meses, segun se dice, hasta que fué azotado y erudificado. Y como la Iglesia debe entonces conside-

rarse en Roma en cuanto á su duracion, en la primera de sus siete edades, no dejaré de notar esta circunstancia particular: San Pedro fué colgado en la cruz con la cabeza para abajo, como para denotar, que la primera piedra del edificio de la Iglesia se consolidó en el cimiento bañada en su misma sangre. Ni se piense que su ministerio acabó con su muerte; no, siempre vivirá su espíritu en la serie no interrumpida de Pastores supremos, á quienes es de fe que se comunica su autoridad. ¡Qué mas, que el que ha gemido bajo el horror de las prisiones mamertinas, está hoy honrado en una soberbia Basílica, expuesto á la veneracion de todos los pueblos de la tierra, y sentado sobre el trono de los Césares en la persona de su sucesor! ¡No deberemos penetrarnos de respeto, de alegría y de reconocimiento, al celebrar la presente festividad!

¡Cristianos! hasta aquí os he referido la vida del primer Prelado de la Santa Iglesia, como consta del Evangelio y de los Hechos Apostólicos. Ambos testimonios, si bien demuestran la verdad de su primado, el segundo manifiesta, por otra parte, la bellísima obra de la Jerusalem bajada del cielo. La autoridad de los Santos Padres acredita asimismo, que la Iglesia Romana tiene el singular carácter de edificio místico de Jesucristo. Segun esto, ¿quién cerrará sus ojos á tanta luz? ¿Quién no confiesa que se ha cumplido á la letra la divina prediccion de nuestro Salvador! No me cansaré en decir, que San Pedro ha sido y aun es la Cabeza de la Iglesia: que su Cátedra romana ha sido elegida por Dios para que subsista hasta el fin de los siglos: *Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam.*

Oigamos su voz y obedezcámosle siempre en la persona de su sucesor el Romano Pontífice. Pedro habla por boca de él, no puede engañarnos. Hemos nacido en el seno de la Iglesia Romana, en ella vivimos y en ella esperamos salvarnos. Estamos seguros que las puertas del infierno no prevalecerán en contra de ella. La navecita de Pedro aunque ha de ser combatida por las olas, los vientos contrarios y la tempestad, jamas llegará á sumergirse. "¡Oh Iglesia Romana exclamaré, terminando mi discurso con las palabras del sabio Fenelon, Arzobispo de Cambrai! ¡Oh Iglesia, desde la cual confirmará Pedro eternamente á sus hermanos; si alguna vez llegase yo á olvidarte, olvídense de mí tambien mi mano derecha; séquese me la lengua, si hasta el último instante de mi vida no eres el objeto de mis cánticos!" Y vos, ¡oh beatísimo Príncipe de los Apóstoles! vos mismo habeis prometido en vuestra Epístola segunda, "tenernos siempre presentes aun despues de muerto." Esta iglesia de Oaxaca se gloria de pertenecer á vuestro rebaño, en vos pone toda su confianza.* Dirigid sobre ella vuestras miradas compasivas, interceded con Dios para socorrernos en todas nuestras necesidades y abridnos las puertas del cielo.

ASÍ SEA.

* Este discurso fué predicado en la Santa Iglesia Catedral, y en un día respectivo de la fiesta de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, hallándose presente el Illmo. Sr. Obispo Diocesano, Dr. D. Antonio Mantecon, que cantó la misa.

SERMON

DE

LA PRECIOSA SANGRE DE CRISTO

Et continuo exivit sanguis et aqua.

"Y al punto salió sangre y agua."

S. JUAN, CAP. XIX, v. 34.

Los judíos, como dice el Evangelista, por ser la paraseve, para que no estuviesen en la cruz los cuerpos de Jesucristo y de los dos ladrones, en el día del sábado, pidieron á Pilato que mandase quebrarles las piernas; lo que habiendo hecho los soldados con los dos ladrones, no lo hicieron con Jesucristo por haberlo visto ya muerto. Pero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al punto salió sangre y agua. Es cosa muy admirable y bien digna de notarse, que los soldados no ejecuten las órdenes del gobernador respecto al cuerpo de Jesucristo. Si lo habian visto ya muerto, como refiere San Juan, ¡á qué fin atravesarle el corazón al duro golpe de una lanza! Si no daban fe á sus mismos ojos, porque en su mente le creían vivo, ¡no debían quebrarle las piernas como á los otros! Si dudaban que hubiera muerto y querian certificarse con alguna prueba, ¡no era mejor cumplir su comision sin extenderse á más! Desde

luego que una providencia especialísima condujo la mano de aquel soldado para abrir la inmensa hoguera de caridad del Hombre Dios, y para que leamos escrito con los caracteres de sangre y agua, el exceso de su ardiente corazón. Hé aquí el principio fontal de nuestro refugio, de nuestra esperanza y de todo nuestro bien: *Et continuo exivit sanguis et aqua.*

Mas ¡qué diversos y contrarios aspectos presenta á nuestra consideracion la Sangre de Jesucristo, por lo que mira á la antigua Sinagoga y á la nueva Iglesia! ¡Oh! La nacion pecadora y deicida no halla en ella mas que su maldicion, deshonra é ignominia, por haber clamado ante Pilato: "Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos." La gentilidad cristiana se engrandece con su bendicion, honor y gloria, por haberse aprovechado de su aspersion fecunda: la Sangre del Justo es para aquellos la marca con que á la faz de toda la tierra los hace abominables, oscuros y desgraciados: para los hijos del Calvario, como llama San Agustin á los fieles, es la divisa que los hace agradables á los ojos de Dios y de los hombres. Segun los vaticinios de Isaias, "la amada es aborrecida, y la no querida amada: el pueblo de Dios, ya no de Dios, el reprobado escogido." Aquel pueblo, pues, que consultando á su ceguedad, despreció como inútil la Sangre del Cordero sacrificado desde el principio del mundo, marcha confuso á su exterminio. La Iglesia nuestra Madre, apoyada en la Sangre de su Esposo, triunfa en medio del contento y de la paz, hasta conseguir el cumplimiento de las promesas de un Dios fiel.

Quiere decir, que la Sangre de Jesucristo nos con-

fiere la verdadera y sólida felicidad espiritual. Este será el centro á cuyo punto concurrirán mutuamente todas las líneas de mi discurso. Pero si el Corazon amantísimo de Jesus derramó por nuestra salud con la lanzada hasta la última gota de su Sangre, el de María traspasado de dolor, se derritió todo en ella, pues es una misma Sangre en ambos. Por lo cual, acojámonos al Corazon suavísimo de nuestra Santa Medianera, para que con el auxilio del Espíritu Santo alcancemos un fruto de edificacion del Sagrado Costado de Cristo, diciéndola con el Angel. Ave María.

"Y al punto salió sangre y agua."
S. JUAN, Cap y vers. citados.

Nada mas conforme á los atributos del poder, de la sabiduría y de la bondad de Dios, que el que Jesucristo se inmolase en la Cruz por los hombres, víctima gratísima en olor de suavidad. Segun el testimonio de San Pablo, al entrar al mundo dijo á su Padre lo que ya mucho tiempo antes habia anunciado el Salmista: "Tú no has querido sacrificios, ni oblationes, pero me has formado un cuerpo; tampoco aceptaste el holocausto, y la víctima por el pecado; y entonces dije: Aquí estoy; yo vengo conforme está escrito de mí al frente del libro, para cumplir tu voluntad." Pero en la Cruz ganó á precio de su Sangre el nombre de Redentor, y rescató para nosotros la herencia eterna perdida por el pecado de Adan. Sí, solamente un Hombre como él, que al mismo tiempo fuese un Dios, pudo satisfacer con un mérito infinito á la justicia divina y redimir al género humano. Así se dejó

conocer la obra maestra de la sabiduría del Altísimo, por cuanto se concilia en este misterio el exceso de su bondad con los intereses de su justicia: por este medio eficazísimo el pecador es perdonado, mas de una manera que no se autoriza su licencia para pecar. "Justificados por la Sangre de Cristo, dice el Apóstol, nos salvaremos por él de la ira de Dios." "Porque él es, dice en otra parte, el Salvador de todos los hombres, singularmente de los fieles." Y los bienaventurados llenos de gozo, dicen al Cordero en el Apocalipsi: "Vos nos habeis redimido de la ira de Dios con Vuestra Sangre." De estos principios, pues, parten estas dos grandiosas y sublimes ideas, de las cuales, una no puede existir sin la otra. Primera: Jesucristo por la efusion de toda su Sangre, satisfizo superabundantemente á la justicia divina: Segunda: La Iglesia cristiana nació por la Sangre y Agua del sagrado Costado de Cristo.

PRIMERA PARTE

La satisfacción, propiamente dicha, consiste en la solucion de una deuda, ó en la reparacion de una injuria. El pecado en que todos hemos incurrido, es la ofensa y la deuda contraída con la justicia divina. Dios se ha hecho por todos respectos para con nosotros un acreedor, una parte ofendida, y un juez temible: deberíamos pagarle, aplacarle, y hacérsle propicio. Pero nosotros por nuestras fuerzas éramos incapaces de una satisfacción semejante, y se requie-

ria no menos que un poder igual al de la primera creacion: era preciso, dicen los Santos Padres, que hubiese un Dios igual á su Padre, para una redencion tan ventajosa para el hombre, y tan completa para reformarle. De suerte, que segun San Agustin, nosotros habiamos incurrido por Adan en la muerte, en el pecado, en la esclavitud y en la condenacion; y recibimos en Jesucristo la vida, el perdon, la libertad y la gracia. Por eso fué un Sacerdote y víctima que nos sustituyó, y expió nuestros pecados con su pasion y muerte, y un fiador que pagó con su propia Sangre la deuda de que era responsable el linaje humano.

Si lo consideramos, pues, en cuanto Dios, así un Dios Hombre se satisfizo tambien á sí mismo, cuando se dió en entrega voluntaria á su Padre: si lo consideramos en cuanto Hombre, no es Dios quien satisfizo al hombre, sino el Hombre Dios quien resarcíó la injuria hecha á Dios. Supuesto que tiene dos naturalezas, dos voluntades y dos operaciones, bajo un respecto recibió satisfaccion y bajo de otro la dió. Que Jesucristo habia de ser la víctima cargada con nuestros pecados y destinada á sufrir la pena que nosotros habiamos merecido, ya lo habia predicho Isafas en estas palabras: "Fue herido por nuestras culpas; el castigo que debe darnos la paz, cayó sobre él, y nosotros hemos sanado con sus heridas... Dios puso sobre él las iniquidades de todos nosotros." Lo mismo viene á explicar el Apóstol San Pablo, hablando de la nueva alianza concluida por nuestro Mediador, entre Dios y los hombres: "Dios, dice, por amor nuestro hizo víctima por el pecado, á quien

no conoció el pecado." ;Oh misterio de nuestra reconciliación! ;Oh exceso de caridad! la misma inocencia fué tratada como culpable para que seamos justos con la verdadera justicia que viene de Dios por la fe. "Plugo á Dios, dice en otro lugar, reconciliarse con todas las cosas por Jesucristo, y pacificar por la Sangre que derramó en la Cruz, todo lo que hay en el cielo y en la tierra." En efecto, todas las víctimas antiguas no podían destruir el pecado, sino á lo sumo limpiar á los hombres de las impurezas legales: el cordero pascual cuya sangre preservaba las casas de los hebreos de la espada del Angel exterminador, los dos machos de cabrío que se ofrecían por los pecados del pueblo, y los dos corderos que se inmolaban diariamente por mañana y tarde, sin duda que representaban mas de cerca á Jesucristo; pero al fin, como débiles figuras no pudieron mas que indicar la gracia del Angel del Testamento perpetuo. La sola oblación de su Cruz fué mucho mejor que aquellas otras por que nos adquirió una redención eterna. ;Oh víctima adorable! ;Oh muerte de infinito mérito! ;Oh Sangre preciosa del Cordero de Dios!

¡Qué cosa mejor! ;Ah! Jesucristo no es un Pontífice constituido por los hombres para ofrecer sacrificio por el pecado, y condolerse de los que yerran, como el que está rodeado de enfermedad. Mucho menos siendo impecable, tuvo necesidad tambien de oblación por culpas suyas como los sacrificadores terrenos, sino que se inmoló en la Cruz con toda su voluntad por las iniquidades de su pueblo. ¡No le llama el Apóstol Sumo Sacerdote y Mediador de una nueva alianza, porque dió en sacrificio su propia San-

gre por la redención eterna del género humano! Lejos de ofrecer todos los dias víctimas como los otros pontífices, este Soberano Pontífice lo hizo una sola vez, ofreciéndose á sí mismo. "Así como el Sumo Sacerdote de la Ley antigua, segun la misma doctrina de San Pablo, entraba una vez al año en el santuario á presentar á Dios la sangre de una víctima por sus pecados y por los del pueblo; así tambien Jesucristo, Sumo Sacerdote de la Ley nueva, entró una vez en el cielo á presentar su propia Sangre á su Eterno Padre por precio de la reconciliación de los hombres." Luego sus funciones fueron las de un verdadero sacerdocio, su muerte un verdadero sacrificio, y su Sangre, el bálsamo santificador que borra los pecados y establece la paz entre el cielo y la tierra. En suma, con ella se calmó la cólera de Dios, se satisfizo su justicia, se purifican nuestras almas y nos hacemos dignos de la bienaventuranza.

Más brillará esta verdad, si atendemos á la Sangre del Cordero como el precio pagado por la deuda insoluble que ha gravado al pecador. "Nosotros tenemos en él, dice el grande Doctor de los gentiles á los Efesios, una redención de la esclavitud por su Sangre, que es la remisión de los pecados. Si la sangre de los machos de cabrío y de los toros, dice en su Epístola á los Hebreos, y la ceniza de una ternera santifica á los inmundos de las transgresiones legales, con mucha mas razon purificará nuestras almas de las obras muertas, la Sangre de Jesucristo." En su Epístola primera á los Corintios nos hace observar "que hemos sido comprados á un gran precio." Y San Pedro en su Carta primera nos asegura, que

nuestro rescate no fué á precio de dinero, sino por la Sangre del Cordero sin mancha, Jesucristo: que ella consiguiémente, es el precio de nuestra redencion, en el mismo sentido que el oro y la plata son el precio del rescate de un esclavo. Para que se vea, qué bien recompensó á Dios como víctima de propiciacion, reconciliando con él á los hombres, declara el citado Apóstol á los Romanos: "que Dios lo estableció Propiciador nuestro por la fe en su Sangre, para manifestar su justicia por el perdon de los pecados." Claro es que no la hubiera manifestado, si no hubiera quedado satisfecho. Para convencernos de que dió en lugar de nosotros, no solo un precio equivalente sino tambien superabundante, basta fijar ligeramente los ojos en estas otras palabras del mismo Doctor de la gracia: "Donde abundaba el pecado, fué superabundante la gracia."

"Desde el principio del mundo fué sacrificado el Cordero en los designios de Dios, segun escribe San Juan." Cuando el Señor maldijo á la serpiente, le anunció: "La raza de la mujer quebrantará tu cabeza:" esta era nada menos que una promesa del Redentor y de la redencion. "Ya en aquel momento, dice San Agustin, se nos concedió el fruto de la Sangre de Jesucristo. Y si Dios condenó á nuestros primeros padres por el pecado original, los sujetó, no á una pena eterna, sino á la muerte y trabajos de esta vida." Por manera, que inferen los Santos Padres, que la sentencia pronunciada contra ellos, mas bien fué un rasgo de la misericordia de Dios que un acto de rigorosa justicia. Mas en el tiempo, "cumplidos los ocho dias para que fuese circuncidado el Niño, se le

puso el nombre de Jesus." ¡Oh Salvador de nuestras almas! aunque sois el Santo de los Santos, recibisteis en vuestra infancia, en vez de nosotros, la señal de infamia y la pena del pecado que merecíamos: con las primicias de vuestra Sangre se os impuso un nombre que llegaríais á adquirir con la mayor perfeccion, derramándola un dia en la Cruz hasta la última gota. Mientras orabais por tercera vez en el Huerto de las Olivas, entrasteis en una agonía mortal que era el resultado de vuestras grandes penas internas: de vuestro Sagrado Cuerpo salió un sudor como de gotas de sangre, que corrian á la tierra. ¡Oh y cómo ha sido reparado el orgullo y todo defecto del hombre, sustituida la sanidad por virtud del precioso líquido exprimido por vuestro amor! Destrozado con heridas sobre heridas por la inhumanidad de los azotes, como os vió el profeta Isaías, os bañasteis con vuestra Sangre, para que comprendiésemos la enormidad del pecado, y os siguiésemos como Héroe perfectísimo de sufrimientos. De nuevo corrió de vuestra sacrosanta Cabeza á hilos el humor rosado y vivificante de vuestras venas, por la corona de espinas, para expiar aquel deseo de dominar de todos los corazones, y todos los pecados de nuestras cabezas prevaricadoras. Clavado de piés y manos regasteis desde lo alto del madero la tierra con copiosos arroyos del mismo inestimable zumo de toda la masa de vuestro Cuerpo, para renovar todas las cosas, esto es, las que están en el cielo y las que están sobre la tierra. Así entregasteis vuestro espíritu al Padre, y consumasteis el sacrificio solemnísimo tanto tiempo antes previsto y significado. Y para darnos cuanto teníais,

todavía quisisteis que vuestro Corazon despues de muerto estuviere atravesado de una á otra parte, para que saliese de él los últimos restos de vuestra Sangre. Verdaderamente os habeis hecho un Esposo de Sangre, pues tanto así os ha costado desposaros con la Iglesia, que nació pura y sin mancha de vuestro Costado amabilísimo.

SEGUNDA PARTE

“Si da su vida por el pecado, dice Isaías, verá una posteridad numerosa.” En realidad de verdad, que la descendencia de Jesucristo es incontable, porque ningún justo de cualquiera de los tres estados generales del hombre, ha entrado en el cielo sino despues de su muerte y por la virtud de su Sangre. Al principio de la Ley natural, y despues del pecado de nuestros primeros padres, Abel que descolló en la inocencia fué asesinado por la envidia de su hermano Cain, y se hizo figura del Salvador. Recien comenzada la práctica de la ley de la circuncision, iba á ser sacrificado Isaac por su mismo padre, y se le sustituye un carnero. Sin embargo, nada le faltó por la obediencia para constituir un perfecto sacrificio interno, y tornarse en una sombra mas significativa de la crucifixion, por el monte, la leña, la víctima, la espada, el fuego y el sacrificante. El Autor de la Ley de gracia fué inmolado en la Cruz por el furor de sus hermanos como Abel, y por la justicia de su Eterno Padre: como Isaac hubiera sido consumido en holocausto por

la fe de Abraham; pero mas bien lo devoró el amor: no menos resplandecieron en él en grado perfectísimo la inocencia y la obediencia, que la humildad, la paciencia y una heróica caridad. “El vino, haciendo alarde de sus divinas perfecciones, en el agua y en la sangre, como dice San Juan; no solamente en el agua, sino en el agua y en la sangre.” Así como Dios formó á Eva de una de las costillas de Adan, cuando éste estaba en un profundo sueño, así tambien del costado de Jesucristo, dormido en la Cruz, salió su Esposa la Iglesia, segunda Eva espiritual, por el agua y por la sangre, gérmen inmortal de la sucesion de los fieles. Del seno de ella nacen los hijos de la gracia por el Bautismo, se adelantan fortificados por la Confirmacion, y nutridos con la Eucaristía: son ademas sanados en sus cuidados maternales por la penitencia, purificados de las reliquias de pecado por la Extrema-Uncion, santificados por el Matrimonio y consagrados por el Orden. Pero en particular, el agua designa el Sacramento del Bautismo y la Sangre el Sacramento Eucarístico, como que son los principales en que se contienen los demas.

Al instituir Jesucristo el bautismo, dijo á sus Apóstoles: “Todo poder me fué dado en el cielo y en la tierra: id, pues, y enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.” Aquí se reconoce la necesidad absoluta de recibirle, segun lo habia determinado antes: “Si alguno no es regenerado, enseñaba á Nicodemo, por el agua y el Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios.” San Pablo llama al bautismo baño de la regeneracion y de la renovacion del Espíritu

Santo, porque sus aguas teñidas con la Sangre del Cordero, perdonan los pecados, y dan como instrumento santificado la gracia. Por este Sacramento, pues, nos redime Jesucristo con la Sangre de su Cruz, nos hace hijos adoptivos de Dios, hermanos suyos y miembros de su Iglesia. "La carne, dice Tertuliano, se lava en el bautismo para purificar el alma; recibe una unción para que el alma se consagre á Dios: se le impone la señal de la Cruz, para que el alma tenga una defensa contra sus enemigos; se le imponen las manos, para que el alma reciba las Luces del Espíritu Santo." ¡Qué otra cosa significaba la vestidura blanca con que se revestía antiguamente al bautizado, sino la inocencia y el candor de su espíritu! El que nos ha rescatado, nos dió el Sacramento en que renacemos. ¡Pero cómo! ¡Ah! "Los que hemos sido bautizados en Jesucristo, según San Pablo, hemos sido bautizados en su muerte, y hemos sido revestidos de Jesucristo." De tal modo, que aunque sea generalmente necesaria la invocacion de las tres personas de la Trinidad para administrar el bautismo, renacemos en Jesucristo, conforme al pensamiento de San Ireneo, porque en su nombre se comprende el que ha dado la unción, el que la ha recibido y el que es la misma unción.

Bien es que hay tres bautismos, uno de agua, otro de sangre y otro de fuego; pero todos ellos han brotado del Sagrado Corazon herido de Jesucristo. Ya el Evangelista nos ha referido los dos rios de agua y de Sangre que se desprendieron de su Corazon Santísimo. San Bernardo nos convida tambien á ver por la herida visible de su Costado abierto, la herida in-

visible del amor. "El bautismo, dice Santo Tomás de Aquino, es de agua, considerado en su institución; es de sangre, considerado en su invocacion, y es de fuego ó espíritu, mirado en la conformidad y semejanza que produce con el Divino Corazon. En estos tres lavatorios sagrados se han purificado todas las almas de los hombres virtuosos del antiguo y nuevo Testamento, que entraron en el Paraiso." El mismo Adán prevaricador, Noé, Abraham, Isaac, Jacob, José, Moisés y otros innumerables ardieron en las llamas de esta inmensa caridad, aunque no salieron del Limbo sino despues de que se hizo patente aquella fuente universal á la casa de David y á los habitantes de Jerusalem. Abel, todos los Santos Patriarcas y Profetas que murieron entre tormentos por la justicia, los Macabeos y los Niños inocentes lavaron sus estolas en lagos de sangre, pero por la eficacia de la Sangre de Cristo. El mismo soldado que nos abrió la puerta, un ladron que estaba al lado de Jesus y el centurion que estaba al frente, recibieron de cerca una sobreabundancia de gracias y una efusion incomprensible de bienes y de dulzura. Numerosas turbas de gentes corren presurosas, como el ciervo sediento á las aguas, á bañarse en la fuente de vida: la Iglesia crece, se dilata, y todo el mundo se hace cristiano; la celestial Jerusalem se puebla de cortesanos con los Apóstoles, con millones de Mártires, de Doctores, de Sacerdotes, de Confesores, de Anacoretas, de Vírgenes, y justos de ambos sexos, de todas edades, de todos estados, de todos los lugares y de todos los tiempos. En Jesucristo no hay griego, escita, bárbaro, judío, ni gentil.

Ahora, ¡en la Santa Eucaristía no se contiene la

misma Sangre que se derramó en la Cruz! ¿No dijo Jesús á sus Apóstoles en la noche de la Cena: "Esta es mi Sangre de la nueva alianza, que será vertida por vosotros y por muchos, para remision de los pecados!" "El cáliz que bendecimos, segun escribe San Pablo, ¿no es la comunicacion de la Sangre de Jesucristo?" Ya sea bajo de la especie de pan ó bajo de la especie de vino, siempre es verdad que se halla en el inescrutable Sacramento la Sangre de Jesucristo, que saltó de su amoroso Corazon. El sacrificio de la Cruz y el del Altar son una misma cosa, con la diferencia de que el primero fué con efusion dolorosa de Sangre, y el segundo se hace con una efusion mística de la misma Sangre. El mismo Sacerdote que se ofreció á su Eterno Padre sobre el ara de la Cruz, se ofreció en la primera Cena, se ha ofrecido en los tiempos precedentes, y se ofrece ahora en sus santos templos hasta la consumacion de los siglos. La misma víctima despedazada y desangrada en el Calvario, y sepultada entre una roca, estuvo la noche antes en el Cenáculo en un estado de muerte, reposó como en un sepulcro en los pechos de los primeros discípulos, y así se renovará todos los dias y se recibirá por los fieles. De la Sangre que manó en la Cruz bebieron los Apóstoles, beben los Sacerdotes sus sucesores, y beberán los multiplicados rebaños de católicos hasta el fin del mundo. Las palabras de la consagracion de la hostia y del vino, son como una espada espiritual, que divide místicamente la víctima, y hacen, ademas de constituir el sacrificio, las veces de los cordeles y garfios, de la corona de espinas, los clavos y la lanza. Así como el huerto de Getzemaní, la casa de Pilato, el

pretorio y el balcon, las calles de Jerusalem, el campo y el Calvario, fueron como el grande receptáculo de la Sangre del Cordero; así tambien lo son la copa sagrada en que consagró el Señor la primera vez, y los diferentes cálices de que hizo y hace uso la Iglesia nuestra Madre. Sin la debida recepcion de esta Sangre Preciosísima, nadie podrá gozar la verdadera felicidad sobre la tierra, supuesto que el mismo Jesucristo dijo: "Si no comiereis la carne del Hijo del Hombre y bebiereis su Sangre, no tendréis vida en vosotros." Tampoco llegará á la gloria eterna que prometió por estas palabras: "El que come mi carne y bebe mi Sangre, tiene la vida eterna, y yo lo resucitaré en el último dia." Ya veis, señores, que la Sangre del Crucificado realmente está en la Eucaristía, forma el lazo de la unidad de la Iglesia y se llama con razon, prenda de inmortalidad.

Quisiera extenderme mas, pero ya debo concluir. "Vosotros, dice San Pablo á los Efesios, habeis sido restituidos á Dios por la Sangre de Jesucristo: confirma esto, con que él es el Autor y principio de la paz, que ha reunido á los judíos con los gentiles en un solo pueblo." No pueden entenderse estas palabras en su sentido propio, sin confesar, como he probado en mi discurso: que Jesucristo destruyó el pecado y santifica nuestras almas con su Sangre: que nuestra redencion se concluyó por vía de mérito y satisfaccion, cuyo resarcimiento fué muy del agrado de Dios. No menos consta que dió el precio infinito de su vida y todo el jugo provechoso de las arterias y canales de su carne por la salvacion del mundo; de suerte, que si hiciera éste buen uso de estos medios,

evitaria la perdicion de muchos. ¿Ha sido alguno, pregunto, excluido por nuestro Redentor del sacrificio público de expiacion! ¿Ah! "Júdas, dice San Agustin, y el ejemplo de este solo traidor basta: Júdas fué á entregar el dinero que habia recibido por la venta del Señor, y no reconoció el precio con que el Señor le habia redimido." En fin, la paga de la deuda, y una Iglesia gloriosa sin mácula ni arruga, tales fueron los efectos de la Sangre y agua que brotaron del Costado de Cristo: *Et continuo exivit Sanguis et aqua.*

Pero el que vino á redimir á los hombres por su misericordia, ha de venir tambien á juzgarlos por su justicia. "Dios juzgará con equidad á todo el mundo, dice el Salmista." "No una parte, interpreta San Agustin, porque no rescató solamente una parte; debe juzgarlo todo, porque dió el precio por todo." ¿Cuál, pues, será en el último dia el gozo de los buenos y la tristeza de los malos! ¿Ah! ¿Querréis vosotros, ¡oh cristianos! que Jesucristo os pida cuenta entonces de su Sangre Preciosísima, como á Cain de la sangre del justo Abel! ¿No clamará ella con mayor fuerza que ésta, pidiendo justicia y venganza contra todos los corruptores de la tierra! *Sanguinem ejus de manu tua requirám.* No se da medio, ó ha de ser vuestro refugio y vuestra corona, ó vuestro mayor acusador y tormento. Si os resolveis á lo primero, aborreceid el pecado y arrojad las obras de las tinieblas. Sabed, que la remision de nuestras deudas no fué gratuita, pues fué necesario que Jesucristo muriese; y nosotros debemos padecer y morir para conseguir el perdon. "Pedid como os exhorta el Señor, y recibiréis; buscad

y hallaréis; tocad y se os abrirá." Aplicad vuestros labios al Costado de Cristo cuando le recibís Sacramentado, para expresarme con el Crisóstomo, y bebed en la fuente de la vida, la seguridad, el descanso y la paz. Gustad del delicioso néctar con que os convida su Corazon, Altar augustísimo en que se consumó el holocausto perpetuo. Este es el vino que engendra vírgenes, y si lo recibimos dignamente, nos conferirá una gloria inefable, sobreabundante y eterna.

Así SEA.